

# EDITORIAL

En el desarrollo histórico de las tierras campechanas, las estancias y haciendas han sido testigos mudos de la evolución de sociedades y formas de producción. Cada rincón, cada estructura, lleva consigo la narrativa de un pasado que se entrelaza con la tierra misma. En este número de Glifos, exploraremos las diferentes etapas de desarrollo de estos conjuntos productivos, analizando cómo la tierra, los negocios y la vida cotidiana se moldearon a lo largo del tiempo. Las estancias y haciendas no solo son monumentos arquitectónicos, sino también cronistas silenciosos de la complejidad de nuestras raíces y del devenir económico y social.

La ruta que corre desde San Francisco de Campeche hasta la ciudad de Mérida, Yucatán, es conocida como el Camino Real. Se trata de una región llena de cultura, tradiciones e historia; es una ruta que la misma emperatriz Carlota Amalia recorrió y que por esa razón, es reconocida entre los locales. Sin embargo, su nombre no deriva de ello, como algunos creen.

Esta edición de Glifos, hará un recorrido por este camino, lleno de haciendas, mitos e historias, el cual abarca las poblaciones intermedias de Calkiní, Becal, Dzitbalché, Hecelchakán y Tenabo, en el estado de Campeche; así como Halachó, Maxcanú, Chocholá y Umán, del estado de Yucatán.

En primera instancia, Adriana Rocher Salas presenta “El Camino Real de Campeche a Mérida: orígenes”, en donde explica a detalle de dónde proviene el nombre de esta región del estado de Campeche, aclarando que no deriva del hecho de que la emperatriz Carlota atravesara esa senda, sino que era una ruta comercial muy importante durante la época colonial y que dichos caminos eran construidos con el peculio de la “real” hacienda, por lo tanto, se consideraba que pertenecían al rey.

Posteriormente, Aida Amine Casanova Rosado comparte “Forma y espacio para la producción en el Camino Real de Campeche”, quien ahonda en la producción de las princi-

pales haciendas que constituyeron el Camino Real de Campeche a Mérida, destacando que la gran mayoría se transformaron en haciendas agroganaderas y en su última fase, incorporaron al henequén como actividad principal. Además, resalta el camino comercial que esta ruta representaba para las ciudades más importantes de la península de Yucatán.

De la pluma de Jorge Victoria Ojeda se incluye en esta presentación, “Afrodescendientes en el Camino Real de Mérida a Campeche durante el siglo XVIII”, donde describe cómo dicha región se fue poblando de mulatos y pardos, debido a que eran la mano de obra en las haciendas. Además, detalla cómo las ciudades más importantes de la península se fueron poblando, esto, a partir de un cuidadoso análisis de las partidas de nacimiento de las parroquias de la región en el siglo XVIII.

A continuación, Miriam León Méndez y Diego Canché Kantún presentan “Conformación de una hacienda en el Camino Real: el paraje nombrado Tankuché y el indígena maya”, quienes hacen un extenso re-

corrido por la hacienda Tankuché, la cual formaba parte de esta región. León y Chanché precisan el quéhacer de la hacienda, pues en un principio estaba enfocada en la agricultura y ganadería, hasta trabajar el palo de tinte. Así mismo, narran la vida cotidiana del lugar, que involucró a dueños y trabajadores.

Finalmente, Antonio Benavides, Sara Novelo y Jaime Vera comparten “Excavaciones en el Camino Real Campeche-Mérida”, artículo en el que presentan los resultados de las excavaciones arqueológicas realizadas en esta región, como parte de los trabajos de prospección durante la construcción del Tren Maya, y que brinda datos complementarios acerca del desarrollo de las ciudades del Camino Real.

A medida que recorremos los caminos históricos de estancias y haciendas en el Camino Real, descubrimos que estas no solo son vestigios arquitectónicos, sino las piedras fundamentales de la micro historia local. Cada época dejó su huella, marcando la tierra y definiendo la vida de quienes la trabajaban. La historia de estas propiedades rurales es un testimonio de adaptación, cambio y resistencia. Al reconocer y preservar este patrimonio, no solo honramos nuestro pasado, sino que también abrazamos la diversidad de experiencias que ha dado forma a nuestra tierra. Las estancias y haciendas, en su majestuosidad, nos instan a reflexionar sobre la conexión sutil entre la tierra y las comunidades que la han labrado, tejiendo así un tapiz histórico que merece ser celebrado y preservado para las generaciones venideras.

Adriana Velázquez Morlet.